

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 10.—BARCELONA 22 DE SEPTIEMBRE DE 1914



La infantería rusa atacando las posiciones austriacas de Lemberg

Ayuntamiento de Madrid

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Echándose tierra a los ojos.—II. Importancia de la actitud de Turquía.—III. Bulgaria, Rumanía, Grecia e Italia—IV. El acuerdo del miedo

I.—Echándose tierra a los ojos

Es un hecho el transporte a Europa, a Francia, de contingentes de la India inglesa. Con ese refuerzo se dificultarán las operaciones de los alemanes y se entorpecerá la victoria de éstos, si han de triunfar, o se facilitará el triunfo de los aliados. Claro está que cuando hay guerra la nación en ella envuelta ha de echar mano de todos los recursos militares de que disponga, y en este concepto no puede ser más natural y explicable la conducta que observa Inglaterra, arrojando al continente las tropas de sus colonias, dominios y posesiones. Así obtiene, además, la ventaja no despreciable de ahorrar sangre inglesa y hacer la guerra con un sacrificio mínimo. Todo esto está muy bien, y a primera vista parece envidiable la situación de La Gran Bretaña, para quien la guerra presenta un mínimo de riesgos y un máximo de ganancias si la campaña se resuelve a su favor.

Pero de la misma manera que hacíamos notar en otra ocasión el peligro más o menos remoto que para Francia envuelve la presencia de tropas negras en la línea de fuerzas de la metrópoli, ahora hemos de insistir una vez más en el mismo hecho. Si los ingleses sufren un revés o un descalabro, los indígenas asiáticos perderán el respeto y el temor que actualmente sienten hacia sus dominadores, prestigio y respeto en el que se fundan, más que en la fuerza de los sables y bayonetas, bastante escasos, la seguridad y la pacífica dominación de la India. Verán aquellos indígenas que los ingleses no son tan temibles como creían, que otros blancos les hacen volver las espaldas y que en el campo de batalla no hay gran diferencia entre ellos y sus dominadores; y de regreso en sus casas no tardará en desvanecerse la leyenda que hasta aquí ha contenido a los millones de indios y se habrá echado la simiente de la propaganda en que ha de perecer el poderío mundial de la Gran Bretaña; de esta manera, por el deseo de derrotar a los alemanes, los ingleses comprometen su porvenir y aun su existencia en un plazo necesariamente corto. Seguramente contarán, si ahora vencen, con que les sobrarán fuerzas para sofocar los alzamientos en la India, de la misma manera que en otras ocasiones; pero una vez perdido el temor y destruida la reputación del dominador, nada podrá éste contra la acción de unos pueblos cuyos habitantes se cuentan por centenares de millones.

Para coadyuvar a este resultado tan triste para Inglaterra, el Japón, obrando previsoramente, no ha vacilado en volver la espalda a su antigua maestra Alemania, para ponerse al lado de los ingleses. Si éstos se debilitan y pierden la fuerza de su situación en Asia, costará poco a sus actuales aliados, los nipones, darles el golpe de gracia y quedarse con lo que los británicos no han tenido la precaución de conservar. Es bastante grande la India para que los habitantes de ella, los rusos, si el caso llega, y los ja-

poneses, queden contentos y les toque a todos abundante parte en el reparto.

Por lo demás, no deja de ser una imprudencia de consecuencias tal vez inmediatas, lo que ha hecho Inglaterra llamando a Europa las fuerzas o las más de ellas que tenía en la India, lo mismo las indígenas que las imperiales. Antes se debía haber definido claramente la situación y actitud de Turquía.

II.—Importancia de la actitud de Turquía

Enclavada en el extremo S. E. de Europa, y teniendo lugar la guerra en teatros muy distantes de aquel caduco Imperio, parece que poco ha de pesar en el conflicto europeo la actitud de Turquía. Sin embargo, puede desempeñar una importancia de primer orden en el desarrollo de los sucesos.

Si Turquía abandona su pasividad o neutralidad y se pone al lado de Alemania, no solamente complicará la situación de Rusia, obligándola a llevar tropas al Cáucaso y sostener la guerra en un frente dilatadísimo, haciéndola volver la atención a una comarca apenas surcada por comunicaciones, sino que le será relativamente fácil llevar sus armas a todos los países mahometanos. La Anatolia y el Asia menor, alzadas en momentos difíciles para Francia e Inglaterra, cuando estas potencias no estén capacitadas para enviar a aquellas regiones sus barcos y tropas de desembarco, tendrían por resultado el amenazar el canal de Suez, cuyo paso quedaría cerrado si Egipto, descontento como es sabido desde que los ingleses lo gobiernan a su antojo, como país del Imperio, se levantaba en armas igualmente. Cerrado el canal de Suez, quedaría la India incomunicada, a disposición de cualquiera, de Rusia, de Japón, de Alemania, si ésta triunfa, y obligada necesariamente la escuadra a debilitar sus fuerzas del mar del Norte y del Mediterráneo para dominar el nuevo conflicto que se presentaría en uno de los puntos más vitales del Imperio. Este, Inglaterra, es tan extenso que fatalmente resulta vulnerable en una multitud de puntos; si el reguero de pólvora se extiende, no cuenta Inglaterra con medios para extinguirlo en sus comienzos.

Turquía está aun muy debilitada por la guerra del año pasado, y no se lanzará a nuevas aventuras en tanto no cuente con muchas probabilidades a su favor. Si la campaña en Francia se desenvuelve resueltamente a favor de los alemanes, es de temer que Turquía, de acuerdo con Bulgaria, rompan su neutralidad e intervengan en la guerra, no a favor de los alemanes, sino en beneficio propio.

III.—Bulgaria, Rumanía, Grecia e Italia

Bulgaria, como lo han demostrado las dos campañas que ha sostenido contra Serbia, aspira, más que a la desaparición de Turquía, al desmembramiento de Serbia. Sus intereses naturales están de

acuerdo con los de Turquía, y si en 1912 se arrojó contra ésta, fué con la esperanza de derrotar después a Serbia, desangrada, y ganar terreno hacia el Oeste, además de anexionarse una parte de Turquía. A ésta le conviene desviar la acción de los búlgaros hacia Serbia, para reconquistar los territorios perdidos en 1913, a expensas de Grecia y de Albania. De suerte que la entrada en línea de los turcos y búlgaros, llevaría aparejada la intervención de Grecia. La guerra en el extremo este del Mediterráneo impulsaría a Italia, aun contra su voluntad, a tomar parte en la contienda, y la guerra adquiriría un vuelo que en los primeros momentos nadie preveía. Rumanía, por su parte, no consentiría en un engrandecimiento de Bulgaria, a menos de que se le diera una compensación por el N., pagando Rusia las costas. Pero como sería muy expuesto romper la neutralidad antes de que la guerra entre las grandes potencias hubiera tomado un giro más claro que hasta ahora, porque de vencer Rusia haría pagar muy cara a los Estados balcánicos su imprudencia, se deduce que ni Turquía ni Rumanía, ni Bulgaria, y por consiguiente tampoco Grecia e Italia, tomarán las armas antes de que la lucha se haya decidido en Francia. Por este motivo tiene tanto interés Alemania en activar las operaciones en el teatro occidental, porque una vez haya obtenido la victoria contra Francia e Inglaterra en tierra firme, contará con poderosos auxiliares para derrotar a Rusia. La desaparición de Serbia y Albania, la reducción de Grecia a sus antiguas fronteras y el desmembramiento del S. de Rusia, ofrecen alicientes más que sobrados para que los nuevos beligerantes corran algún riesgo y facilitará el acuerdo entre todos ellos.

En compensación, si Alemania es vencida, no podrá impedirse que estalle la guerra de nuevo en los Balkanes, porque ni Rumanía ni Bulgaria tolerarán, a menos de resignarse a desaparecer en un plazo no largo, el engrandecimiento de Serbia y la amenaza de una Rusia victoriosa. Todavía Rumanía podría quedar tranquila si se la ofrecía un pedazo de Austria, pero Bulgaria y Turquía habrían de correr el riesgo de jugarse el todo por el todo. Más valdría una guerra a continuación de la actual, cuando todavía Rusia y Serbia estuviesen quebrantadas, que aplazarla para cuando ambas Potencias hubieran re- puesto sus pérdidas.

Concluimos que el término de la guerra en Francia, o por lo menos su decisión casi prevista, será la señal para que se extienda el conflicto al oriente de Europa y repercuta en Asia, y quién sabe si también en Africa.

IV.—El acuerdo del miedo

El acuerdo firmado por Francia, Rusia e Inglaterra, comprometiéndose cada una de ellas a no hacer la paz sino mancomunadamente con las otras dos, es obra de Inglaterra y revela el temor que a esta nación embarga.

Con dicho acuerdo se ha acreditado una vez más la Gran Bretaña de previsora y sagaz. La derrota de Francia podría inducir al gobierno de Burdeos a pedir la paz, toda vez que las cargas y vejámenes de la continuación de la campaña pesarán casi exclusivamente sobre ella, mientras la Gran Bretaña conti-

nuará viendo de lejos el drama. De la misma manera, si los rusos fueran derrotados por los alemanes, éstos les ofrecerían abundantes compensaciones en Asia con tal que firmaran la paz, y entonces se encontrarían frente a frente Inglaterra y Alemania; la intervención de los Estados Balcánicos, inclinaría la balanza a favor de los alemanes, y aunque así no fuera, no sería ya la situación de Inglaterra tan firme como hasta ahora. Puede abrigarse la seguridad de que Alemania sería la primera en ofrecer una paz honrosa a Rusia y Francia, respetando sus territorios y colonias, a condición de que dejaran aislada a la Gran Bretaña; la eventualidad es casi un hecho cierto, y se ha adelantado a él Inglaterra con el acuerdo de que se ha hecho mención.

No hay que decir que si la guerra toma un cariz favorable a los aliados, no será sacrificio para ninguno de ellos el cumplir el acuerdo. Pero si los alemanes alcanzan una ventaja decisiva, la prolongación de la guerra a favor exclusivamente de la Gran Bretaña y con todos los perjuicios para sus dos aliados, tal vez provoque un malestar popular que se traducirá en alzamientos, rebeliones y disturbios; por lo que no es muy aventurado predecir que si suena la hora del arrepentimiento, el acuerdo no llegará a traducirse de un modo práctico, aunque Inglaterra siga derramando sobre Francia contingentes heterogéneos, de todas las cinco partes del mundo, verdadera carne de cañón y cebo para prolongar el martirio de Francia. Se ve la intención del acuerdo, pero cuando se está en guerra no hay que fiar demasiado de los acuerdos, porque todos ellos están a merced de la fuerza. Entre tanto, han hecho bien los franceses en contraerlo, porque así se sostiene la confianza en el pueblo y se mantiene el deseo de luchar hasta el fin. No obstante, es posible que Alemania se haya sonreído, convencida, con razón, de que no hay acuerdo que resista al empuje vigoroso de un ejército triunfador. Mas la sonrisa se trocará en amargo llanto en el caso de que las tropas del Kaiser no obtengan la victoria rápida sobre Francia, primero, y después sobre Rusia.

F. LARIN.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

—V., impenitente, don Subrio, sin querer leer la prensa.

—No lo crea V.: me agradó tanto lo que me refirió V. el otro día, que desde entonces me echo diariamente al colete mis seis u ocho periódicos. ¡Eso es divertido y gracioso, y no lo que escriben los literatos!

(El señor A.)—V., don Subrio, siempre en desacuerdo con nosotros. Ni el señor B. ni yo hemos vuelto a leer un diario.

—¡No saben ustedes lo que han perdido!

(A. y B.)—¿Noticias interesantes?

—¡Interesantísimas! En primer lugar, los serbios han apresado una banda austriaca de música, con su director y todo.

(A. y B.)—¿Con su director y todo?

—¡Claro! ¿Para qué hubiesen querido la banda, sin su director? ¿No comprenden ustedes que no ha-

bría podido tocar? Gracias a la captura del director, los serbios se han ido con la música a otra parte; estos días nos han dejado en paz, es decir, han dejado en paz a los austriacos.

costas de Francia, ochenta mil indios (de la India, entendiéndolo ustedes bien); cuarenta mil senegaleses; cincuenta mil australianos, veinte mil moros...

(El señor B.)—¿También en Francia?



El regimiento de Guardias irlandeses, formados, antes de embarcar para Francia

(El señor B.)—¡Se comprende! Estarán oyendo los vales vieneses.

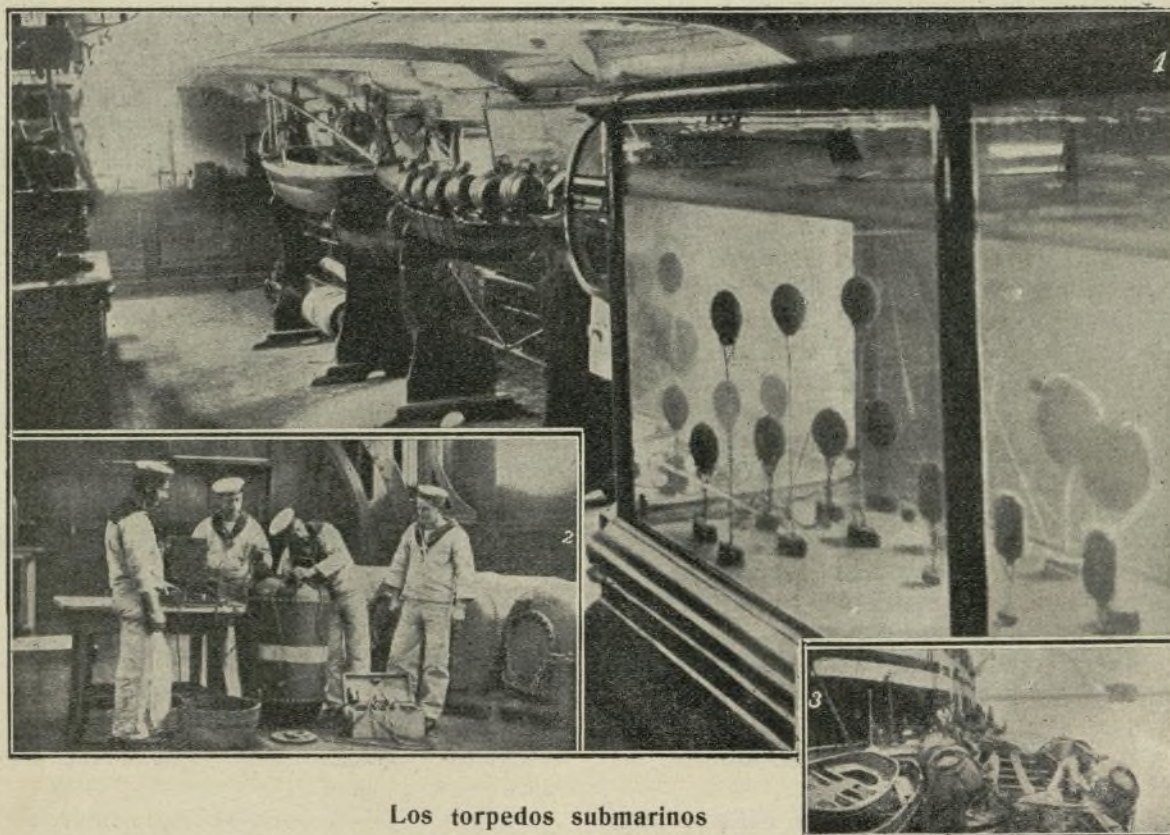
—El general Rennenkampf, el que con sus cosacos marchó a Berlín, pero se equivocó de camino y entró en Varsovia, resulta, según la prensa, que fué el héroe de una famosa marcha cosaca a Port-Arthur, ida y vuelta.

(El señor A.)—¡Pero si el general Rennenkampf no estuvo nunca en Port-Arthur, ni se atrevió a intentar el viaje!

—¡También! ¡Pobres franceses! No les faltaba más que sus huéspedes, los ingleses (¿no tienen ustedes presente el buen recuerdo que dejaron entre nosotros cuando la guerra de la Independencia?), hayan invitado a negros, malayos, amarillos y verdes, a disfrutar de las excelencias de la cocina francesa.

(A. y B.) —¡Bah, Francia es rica!

—Pero los alemanes tienen un apetito voraz, el hambre india se ha hecho célebre, y australianos, canadienses, etc., ¡figúrense Vds. con el apetito que



Los torpedos submarinos

1. Gabinete de modelos de torpedos y minas submarinas de la Armada británica. 2. Carga y preparación de un torpedo sumergido.—3. Los torpedos a bordo del barco porta-minas que los ha de fondear

—¡Es V. muy inocente! ¿Quién le dice a V. que no haya estado allá, después de la guerra, invitado por los japoneses?

(A. y B.)—¡Ah...!

—Cien mil cosacos están desembarcando en las

llegarán después de quince días de navegación! En cuanto a los cosacos, como tienen gustos menos refinados, se contentarán con comerse niños crudos.

(El señor A.) —Y de la guerra, ¿qué nos dice usted?

—Los rusos han tomado por asalto los fuertes de Lemberg...

(El señor B.) —¿De Lemberg? ¿No es Lemberg plaza abierta?

—¡Qué importa! Cinco mil alemanes se han ahogado en los campos de Amberes, inundados por los belgas; con este motivo, parece que la resistencia de la plaza toca a su fin y que ha comenzado ya la huida de los habitantes.

(El señor A.) —¡No lo entiendo!

—¿No se hace V. cargo de que los cadáveres putrefactos de cinco mil ahogados emponzoñan el aire y hacen imposible la respiración en Amberes?

(A. y B.) —¡Será una astucia, un nuevo método de rendir fortalezas, inventado por los alemanes!

—¡Tal vez! Por eso, sin duda, se dice que esos cinco mil guerreros eran cinco mil curas belgas, tocados con cascos prusianos.

(A. y B.) —¿Tan bárbaros son los alemanes?

—¡Barbarísimos! Ahora se ha descubierto que aquella cultura que todos les reconocíamos, su ciencia filosófica, médica, matemática, su hegemonía en música y casi en pintura y escultura, su progreso comercial e industrial,... sólo era una farsa que ocultaba la más repugnante barbarie. La civilización ha sentado sus reales... ¿dónde dirán Vds.?

(El señor A.) —¿En Francia?

(El señor B.) —¿En Inglaterra?

—¡Nó, señores! ¡En Rusia!

(A. y B.) —¿En Rusia?

—Lean Vds. la prensa inglesa, aquella que llamaba salvajes, bárbaros, ignorantes, tiranos, vergüenza del género humano... ¡qué sé yo!... a los rusos, y se convencerán de ello.

(A. y B.) —¡Esa prensa cree que somos tontos! ..

—No anda muy descaminada en creerlo; y dispensen Vds. No lo digo en general.

(A. y B.) —Prosiga V., don Subrio; no nos ofendemos.

—Los ingleses tienen mejor artillería que los alemanes, la sola aparición de su caballería pone en fuga al enemigo, su infantería ha destruido tres o cuatro veces a la famosa guardia prusiana: en fin, es tan excelentísimo su ejército, que el general Joffre ha puesto a derecha e izquierda cuerpos franceses para guardarlo mejor. No sabiendo ya qué hazaña realizar, ¿a que no adivinan Vds. qué han hecho las tropas del general French?

(A. y B.) —¡Han entrado en Bruselas!

—¡Más que eso! Han emprendido una irresistible ofensiva, con excelente éxito, hacia el Sur.

(A. y B.) —¡Ave María! ¿Hacia el Sur?

—Y se afirma que esa ofensiva se desarrolla a la velocidad de ocho kilómetros por hora.

(A. y B.) —¿Qué hay de los franceses?

—Poca cosa: avanzan en unos puntos, retroceden en otros, ganan aquí, pierden allá, que Maubeuge, que Altkirch, que Verdun, que París...

(El señor A.) —Pero ¿han llegado a la frontera belga?

(El señor B.) —Mejor me parecería que cubriesen Burdeos.

—Lo que lamento es no haber podido visitar las exposiciones de Burdeos y Berlín.

(A. y B.) —¿Exposiciones en...?

—¡Sí! En Burdeos exposición de banderas, caño-

nes y trofeos alemanes, y en Berlín exposición de banderas, cañones y trofeos franceses.

(El señor B.) —¿Se sabe algo de los alemanes?

—Se entretienen con viajes de recreo; tienen cinco cuerpos de ejército que se pasean desde Bruselas a Posen y desde Posen a Bruselas.

(El señor A.) —¿Continúa aún la heroica resistencia de los belgas?

—¡Ni en broma lo diga V! Porque comparado lo que hicieron los belgas con lo que han hecho algunos de sus amigos, resultan aquellos Cides y Césares,

(El señor B.) —¿No decían que Turquía?...

—Para que el Sultán no tenga celos de la banda de música que ha adquirido Serbia, el Kaiser le ha hecho un buen regalo: coge, probablemente con pinzas, los zuavos argelinos y demás mahometanos que combatían en las filas francesas, y los despacha a Turquía, con destino al Cáucaso, para que aprendan la civilización al ponerse en contacto con los rusos.

(El señor A.) —¿Qué ruta siguen esos zuavos para trasladarse a Turquía?

—La radiotelegráfica. ¿No saben Vds. que cuando el Kaiser quiere expedir un despacho secreto o importante, se vale de la radiotelegrafía, para que así se entere todo el mundo?

(A. y B.) —Nos lo imaginábamos más cauto.

—Eso era antes de la guerra: ahora va vestido con pieles de oso, como Atila. Y las redes de telégrafos de Alemania, que, como Vds. saben, están intactas y a disposición de las autoridades militares, no funcionan, porque los telegrafistas también se han vuelto hunos.

(A. y B.) —¿No hay más noticias?

—¡Muchísimas! Tantas son, que me limitaré a darles una sola: el nuevo método de colonización que han ideado los alemanes. Escarmentados por lo que les ocurrió a raíz de la anexión de Alsacia y Lorena, van a poblar Bélgica.

(A. y B.) —¡Pero si la densidad de población de Bélgica...

—¡Calma, señores! Para poblar, es menester antes despoblar; han arrasado Lovaina, Gante, Namur, Charleroi, etc., y están llamando gente del interior de Alemania para poblar las nuevas ciudades que van a edificar. ¿Saben Vds. cómo van a llamar a la primera?

(A. y B.) —¡Nó!

—San Petersburgo. Porque ahora San Petersburgo se denomina Petrograd.

(A. y B.) —¡Petrograd y la autonomía de Polonia! Resueltamente, la gracia francesa ha sentado sus reales en Rusia. Díganos V., don Subrio, de una vez, ¿es V. germanófilo, francófilo, anglófilo, o qué?

—Yo soy español, nada más que español. Lo cual no es óbice para que me solace con los disparates de las agencias telegráficas que se complacen en poner en ridículo a sus respectivos países.

SUBRIO ESCÁPULA

ACTITUD DEL PUEBLO ALEMAN ANTE LA GUERRA

Traducimos de *The Times* la siguiente carta que le dirigió su corresponsal especial en Holanda:

«Es más fácil aquí, en Holanda, que en Inglate-

rra, apreciar el punto de vista desde el cual los alemanes miran la guerra. En estos momentos hay cierto número de ellos aquí, en Flushing, unos refugiados de Bélgica, algunos venidos de su país por negocio, y todos los días hay seguridad de encontrar en la estación uno o dos que aguardan la llegada de sus hijas procedentes de los colegios y de las casas de comercio de Londres.

»En un punto están todos de acuerdo. Están absolutamente seguros del resultado de la guerra. Esta tarde, un oficial retirado, que hizo la campaña de Francia en 1870, estaba discutiendo el inevitable problema en uno de los salones públicos del hotel. «Ganaremos—exclamaba—porque sin duda alguna hemos de ganar. No puede haber discusión sobre este punto». Esto es lo que opinan todos los alemanes. La creencia en el triunfo ha encarnado en la naturaleza de la raza entera. Sin esta convicción, la guerra no se habría emprendido.

»Si no desprecian, por lo menos tienen en poco a sus enemigos. ¿Los belgas? Están ya batidos. En cuanto a los franceses, los miran como a un niño pequeño que durante muchos años ha estado contenido por alguien a quien temen, pero que ahora da señales de un falso valor, gracias a la ayuda de un hermano mayor que él. ¿Los ingleses? ¿Qué es un ejército de ciento o doscientos mil hombres ante las enormes fuerzas del Kaiser? Sí, los rusos son más numerosos. Tienen ejércitos de un millón, dos millones, tal vez tres millones de hombres, pero ¿cuántos de ellos son soldados? Ciertamente, ni un millón.

»Así es como se expresan los alemanes. Y están tan convencidos de su superioridad, como de la debilidad de sus adversarios. Ellos poseen, le dicen a uno, cañones de 42 centímetros y aun de mayor calibre, dos disparos de los cuales bastan para demoler cualquier fuerte de los contruñidos. Los mayores se guardan en reserva para la flota inglesa, la cual será despedazada en el canal, entre Ostende y Boulogne. Su propia flota reconocen que es más pequeña y menos poderosa, pero en compensación, no tiene que patrullar por el mar como la inglesa. Entre tanto, se irá debilitando la flota británica, la cual nunca sabe dónde ni cuándo hay un submarino o un torpedero o una mina que la echará a pique, y se encuentra en un estado de excitación continua.

»Este arrogante y jactancioso modo de pensar es, desde luego, muy diferente del espíritu de confianza con el cual las naciones aliadas y sus ejércitos han emprendido la guerra que se les ha impuesto, y un manifiesto motivo de debilidad para el pueblo. Pero hay otro factor en la situación psicológica que no es tan satisfactorio desde nuestro punto de vista. Estos alemanes no sólo están seguros de que han de vencer, sino que también están convencidos de que su causa es justa y de que no son culpables de que haya estallado la guerra. Para los ingleses ésto será casi inexplicable, pero quien les ha oído y leído sus cartas, no abrigará la menor duda sobre lo que digo.

»Por ejemplo, he visto hoy una carta escrita por una señora, profesora en una universidad alemana, a una amiga suya de Holanda, que revela la genuina expresión de los sentimientos del pueblo. La alemana se horroriza de la guerra, a la cual, dice, ha sido arrastrada su amada patria, a despecho de los esfuerzos del Kaiser para mantener la paz. Según

ella, la causa inmediata de la guerra han sido los celos de Inglaterra por la prosperidad comercial de Alemania y su determinación de destruirla. Francia, escribe, siempre ha querido recobrar la Alsacia y Lorena, y con este objeto ha persuadido a los belgas a abrirle paso a través de su territorio. En automóviles y aeroplanos, oficiales franceses han podido observar sin estorbo las indefensas y no fortificadas fronteras entre Alemania y Bélgica.

»No necesito señalar los errores en que ha incurrido esa señora acerca de los sentimientos de Alemania con respecto a Rusia y Francia en los días que precedieron a la declaración de guerra. Lo que importa es saber que ella, y sin duda casi todas sus compatriotas, creen las mentiras que se les han contado, y que consideran apasionados y parciales los juicios que sobre el caso emiten los franceses, ingleses, belgas y rusos. Por consiguiente, están unidos, dice, como un solo hombre, para defender su patria, y los mismos socialistas demócratas están de corazón en favor de la guerra.

»No alude al verdadero motivo de la intervención de Inglaterra—la violación de la neutralidad de Bélgica.—Para ella y para los autores de otras cartas que yo he visto, no ha habido violación. Francia, creen, ha sido la agresora; Francia, la violadora en intención, de la neutralidad del territorio. Todo lo que Alemania ha hecho es prever la acción francesa como medida de precaución y en defensa propia, y la causa por la cual combate es la causa de la libertad.

»Me parece importante que el pueblo inglés se persuada de que éste es el verdadero estado del caso. Es una actitud nacional que debe reforzar grandemente el poderío combatiente de los ejércitos que se oponen a los nuestros, y cualquier tendencia a desconocer este hecho, o la creencia de que los alemanes se dan cuenta de que están equivocados, sería un error fatal».

LO QUE ES PARA INGLATERRA SU ESCUADRA

Un notable periodista británico describe en los siguientes términos lo que representa para Inglaterra su flota y los servicios que presta a los aliados.

«Doy gracias a Dios y a la escuadra británica por mi comida de hoy.»

»Debería enseñarse a todos los niños ingleses esta acción de gracias. Y los padres deberían explicar a sus hijos que la flota británica, bajo el amparo de Dios, es la que les libra del hambre. Tal como están las cosas, si aun somos una gran nación lo debemos a nuestra escuadra. Y a los marinos británicos debemos la no interrumpida existencia del Imperio.

»Por la repetición de esta acción de gracias en las comidas, el cabeza de familia tendrá ocasión de explicar cuánto ha hecho la flota británica por nuestro propio bienestar. Puede señalar el pan que hay sobre la mesa y decir con verdad que de no haber sido por los trabajos de la escuadra su coste sería tan elevado que sólo lo podrían disfrutar las mesas de los ricos o acaso no hubiera entrado nunca en el país.

»La seguridad que nos da la flota no nos ha librado solamente del hambre. También su influencia es la que ha salvado nuestro crédito. Lo cual

quiere decir que además de habernos evitado la ruina, nos ha puesto en condiciones de ayudar a nuestros aliados con dinero y subsistencias y mercancías, lo cual no habríamos podido hacer si nuestro crédito desapareciera.

»Todo esto es lo que ha hecho por nosotros la flota británica con sus operaciones, su sacrificio y su vigilancia. De concierto con la flota francesa nos ha permitido enviar al continente centenares de miles de hombres, para formar el ejército que está ahora combatiendo con tanta gloria contra los alemanes. Más aun. Sólo por el poderío de la flota pueden aquellos ejércitos ser abundantemente abastecidos con todo lo que necesitan en provisiones y abastecimientos de guerra. La flota ayuda también a nuestros aliados. En Rusia sobran alimentos que antes de la guerra encontraban un mercado en Alemania. Ahora somos nosotros los compradores, y la flota asegura su libre transporte por el mar.

»Todas las Potencias neutrales, por otra parte, se benefician de la seguridad que la flota británica ha extendido por el océano, y esto sin apenas disparar un tiro. La marina, no solamente carga nuestros barcos con provisiones de todas las partes del mundo para nuestro consumo a precios que no se han resentido por el estado de guerra, sino que además importa las materias que necesitan nuestras fábricas e industrias. Así, beneficia a los algodóneros y a todos los países neutrales que exportan productos que han de ser luego manufacturados en nuestro país.

»Aquel que pregunta qué es lo que hace nuestra escuadra, por qué no ataca a la enemiga, hace el juego a la flota alemana. Lo que la flota británica ha hecho, está haciendo y hará, con la ayuda de Dios, nos permite vivir y mantener a nuestras familias con unas comodidades que, comparadas con las de las demás naciones continentales, casi son un lujo. En los años recientes casi todas las naciones continentales han tenido que oír las pisadas del soldado extranjero, y los pueblos de aquellos países han sentido la pena y la vergüenza de la invasión. Nosotros no hemos sufrido hace siglos semejante humillación, gracias a la manera como la marina ha cumplido su deber.

»Pero ¿qué es lo que hace la marina británica? Su labor se define sencillamente. Dominar a las fuerzas navales del enemigo. Esto lo puede conseguir de varios modos. Las puede reducir al interior de puertos neutrales o de puertos enemigos, incapacitándolas para la acción, a menos de poner la proa al mar y ser destruídas por nuestros barcos. La flota de combate del enemigo puede elegir entre darse a la mar y presentarnos batalla o quedar encerrada en sus aguas; ella no acepta el combate y está tan enteramente paralizada como si hubiera sido completamente derrotada. Esta es la labor que ha hecho y está haciendo la escuadra británica.

»Es esencial que la flota principal permanezca concentrada, lista para obrar en la ocasión y el punto que sean necesarios. Por este motivo no puede ni debe encargarse de la protección de las rutas navales, pero en cambio facilita a los cruceros que den la seguridad apetecida al comercio. Al mismo tiempo, y aunque está fuera del alcance de nuestra vista, protege nuestras costas. Su invisible presencia impide que una división de grandes cruceros enemigos dis-

perse a la escuadra de pequeños cruceros que patrullan por los mares y vigilan nuestro litoral. Es la existencia de la escuadra de combate, que está siempre preparada para la batalla, la piedra angular del edificio. Debe y puede cumplir este objetivo aunque el enemigo rehuse el combate. Estos son los axiomas de la estrategia naval, pero es de extraordinaria importancia que todos los sepan apreciar en los presentes momentos.

»Hasta que las minas submarinas fueron inventadas y los torpedos llegaron a su grado de perfección actual, el lugar indicado para una flota que quería contener al enemigo era el litoral adversario, a una distancia de la costa limitada por el alcance de los cañones de las fortificaciones. Los acorazados no tenían la misión de entablar combate con las baterías de costa, aunque el bombardeo de Alejandría y otras operaciones análogas engendraron la idea que tal empresa podía intentarse impunemente. La amenaza de las minas ha cambiado los planes tácticos, y la flota de contención ha de mantenerse a muchas millas de la costa enemiga, y sin dejar de impedir la acción de las fuerzas que se escudan en la seguridad de sus fortificaciones.»

GENERALES RUSOS MUERTOS EN LA BATALLA DEL 1.º DE SEPTIEMBRE

En la derrota del ejército ruso en la Prusia Oriental, el 1.º de septiembre, murieron los generales Samsonov, Martos y Pestitch.

El general Samsonov se distinguió mucho en la guerra ruso-japonesa, al mando de una división de cosacos siberianos. Fué después nombrado comandante de un cuerpo de ejército y últimamente jefe de las tropas del Turkestán. Residía en Taschjend, y cuando estalló la presente guerra se le encomendó el mando de uno de los ejércitos de la Polonia. Era muy popular y su nombre familiar en todas las clases sociales.

El general Martos mandaba un cuerpo de ejército, y el general Pestitch figuraba en el gran cuartel general.

PREPARANDO UNA FLOTILLA AÉREA

Un periódico extranjero copia algunos párrafos de una carta escrita por mister Francis Hyndam, relatando las observaciones recogidas por dos ingenieros americanos en su viaje desde Rumanía a Londres, vía Buda-Pesth, Oderberg, Berlín y Flushing. Dicen así:

«En Breslau, y en general en Silesia, las ciudades muestran preparativos de defensa y hay grande actividad aérea. De Berlín se forma una idea completamente opuesta de lo que ha venido diciéndose en la prensa. Un hecho muy significativo es que el pan es en extremo barato, lo mismo que los demás alimentos, y que todos los restaurants, aun los mejores, han reducido mucho los precios de sus tarifas. Los negocios se desarrollan como en tiempos normales, aunque el reclutamiento es muy activo. Las principales oficinas de reclutamiento junto a Under den Linden, tienen centenares de hombres aguar-

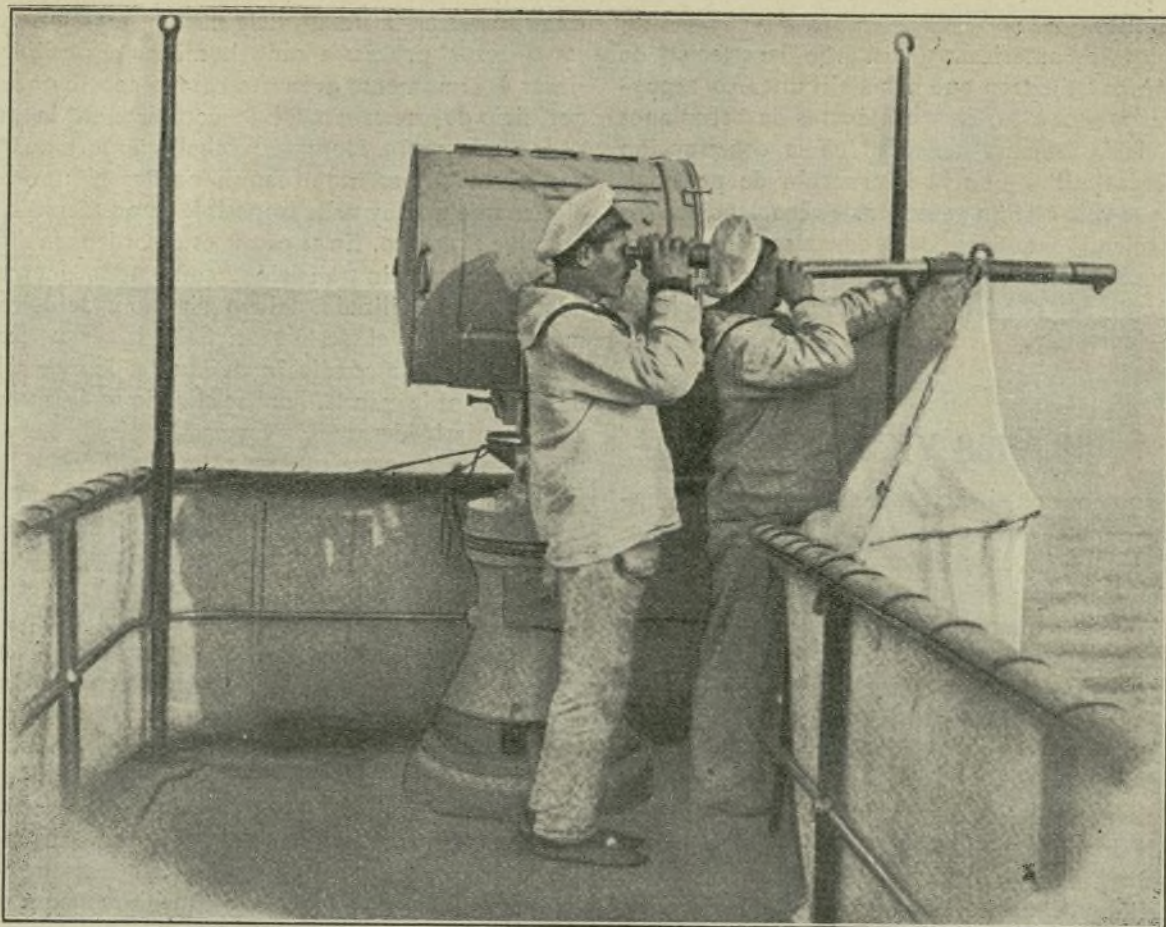


Infantería británica en marcha hacia Mons, el 19 de agosto



Artillería alemana de campaña, en fuego

Ayuntamiento de Madrid



A bordo de un crucero explorador inglés: en acecho



Guerrilla austriaca en la frontera de Galitzia

Ayuntamiento de Madrid

dando a la puerta, y les entregan uniformes en pocos minutos.

»Ellos (los americanos) visitaron la estación de aviación, y estimaron que había allí unos 50 zeppelines dispuestos a partir, y centenares de aeroplanos listos. Había inmensa actividad en la construcción de nuevas flotillas y en la instrucción de personal, porque se veía casi un centenar de aeroplanos en los aires haciendo prácticas. De la conversación general que entablaron, dedujeron que se realizará un ataque combinado por las flotas naval y aérea en el momento oportuno».

UHLANOS Y COSACOS

Los uhlanos en el occidente del teatro de la guerra y los cosacos en el oriente, comparten la reputación de las tropas de caballería y son sinónimo de terror en las comarcas a donde se extiendan sus correrías. Y, sin embargo, hay una diferencia fundamental entre unos y otros.

El uhlano, nombre concreto del jinete alemán, sea éste uhlano, dragón o husar, es un hombre de grande iniciativa, inteligente, de extraordinaria sangre fría, emprendedor, audaz, que goza cuando se aleja del grueso de sus tropas para lanzarse a los peligros de lo desconocido, y no vacila en sacrificar obscuramente su vida o perder su libertad, si con ello consigue algún beneficio, por pequeño que sea, para su patria. Le caracterizan la osadía y el valor, no el valor impetuoso en los momentos del combate, sino el valor frío y razonado, el más difícil.

Si en 1870 el uhlano entraba en pueblos y recorría las campiñas, sin contacto ninguno con las tropas amigas, ahora ha llevado mucho más allá su acción: él es quien ha realizado la invasión, presentándose en todas partes y llevando la confusión al enemigo, que ha llegado a desorientarse y no saber dónde se encontraba el ejército adversario; él es quien ha provocado más de una retirada, haciendo creer que algunas fracciones aliadas estaban cortadas y en peligro de ser destruidas; él es quien ha extendido la intranquilidad en Francia, hasta el punto de que la aparición de la caballería alemana en tal o cual punto ha alarmado más a los habitantes pacíficos que el avance victorioso del ejército alemán; porque éste no le cogía de sorpresa, el gobierno le preparaba y la nube de dispersos, y material de guerra que precedían a las columnas en retirada le avisaban la proximidad del peligro; mientras que el uhlano ha aparecido donde menos se le esperaba, y el efecto de sorpresa ha elevado al colmo el pánico.

Pero el uhlano es ante todo un soldado regular: perfectamente instruido, disciplinado, que sabe batirse, lo mismo a pié que a caballo, a las órdenes de sus jefes; podría definirse diciendo que es un pequeño general, animado por la osadía y el vigor físico que sólo son patrimonio de la juventud. En este concepto, se diferencia esencialmente el uhlano del cosaco. Este es un jinete aventurero, irregular, mezcla de guerrero y de fanático, tan pronto insubordinado como dando señales de una disciplina servil.

Oriundo de las comarcas del Don, del Cáucaso, de los Urales, de Kubán, sirve como cosaco en vez

de hacerlo en las filas del ejército. Las tribus cosacas están sometidas a un servicio militar especial, que les obliga a proveerse cada hombre de caballo y a llevar el armamento prescrito para la caballería, sin perjuicio de que cada cual lo complete de la manera que prefiera. Hombre y caballo no forman más que un todo, y están tan familiarizados el uno con el otro que no hay nada imposible ni obstáculo que no salve el cosaco. En la carga es desordenado, impetuoso, y pasa sin transición, como todo guerrero de país poco civilizado, del entusiasmo y del heroísmo a la huida y el desaliento. Sabe hacer perfecto uso de su fusil, a condición de que se le deje solo, de que no se le mande, porque cuando se le somete a las regularidades de una formación pierde sus aptitudes y se muestra torpe y aun tímido. Más que jinete, con serlo excelentísimo, es un infante montado, incapaz de efectuar una carga en línea o en masa. De modo que en realidad no es más que un guerrillero montado.

Contra un ejército que se bate con arreglo a principios tácticos, mejores o peores, el cosaco ha fracasado siempre; dígalos si no lo aconteció en la guerra ruso-japonesa, en la cual los cosacos, que componían más de la mitad de la caballería rusa, casi no hicieron nada de provecho, ni en el campo de batalla ni en el terreno de los reconocimientos o exploración; la débil y deficientísima caballería japonesa los tuvo a raya más de una vez, y las pocas algaras que con éxito efectuó la rusa fueron siempre ejecutadas por la caballería regular, y no por los cosacos que ya entonces mandaba el general Rennenkampf.

En cambio, contra un ejército en retirada, los cosacos son temibles como nadie. Acosan al enemigo, lancean a los dispersos, se meten entre las filas del adversario derrotado, y llevan su acción a sangre y fuego sin piedad y sin tregua. De la famosa retirada de Rusia data la reputación que hoy día gozan los cosacos, y que no han perdido todavía pese a sus fracasos en la guerra de Crimea y en la de Turquía y finalmente en la de Manchuria.

Una invasión de cosacos en país enemigo equivale al paso de una tromba de desolación y de muerte; pero un avance de cosacos frente a un ejército regular no sirve para nada útil. El disperso, el pánico, el desarmado, el desprevenido, tiene que temerle todo de los cosacos; nada el que combata conservando su formación.

Desguarnecidas o poco menos las fronteras de la Prusia oriental, los cosacos cometerán en aquellos pueblos toda clase de castigos y su audacia no tendrá límites; aquellos habitantes conocerán, como ni siquiera tienen idea, por más que se lamenten, los del teatro occidental, los verdaderos horrores de la guerra. Cuando la guerra comience de veras en aquellas regiones, se irá borrando de los despachos telegráficos la palabra «cosacos», y no serán ellos ciertamente, como no lo han sido nunca, los que decidan la victoria.

Tienen sin embargo los cosacos una importancia extraordinaria para la vida política interior de Rusia, porque nadie como ellos es tan a propósito para restablecer la tranquilidad alterada por conmociones populares, acallar alzamientos y castigar a revoltosos.

CRÓNICA MILITAR

I. El ejército alemán y la acción de Alemania.—II. Guerra de desgaste.—III. La retirada de los aliados desde el 25 de agosto hasta el 2 de septiembre.—IV. La batalla del Marne (6 a 12 de septiembre).

I.—El ejército alemán y la acción de Alemania

Un bondadoso lector me da un consejo que procuraré observar en lo sucesivo, pero que requiere algunas explicaciones, las cuales confieso debía haber declarado antes sin necesidad de ajena instigación.

Se me dice, no sé si en tono de reproche o de alabanza, que no ceso de elogiar al ejército alemán, y que si Alemania es vencida me habré acreditado de poco sagaz. Como se vé la advertencia comprende dos partes, que es menester examinar separadamente.

En cuanto a lo primero, mis elogios al ejército alemán no son de ahora, sino de muchos años atrás. Y lo elogio no porque se llame alemán, porque lo mismo haría aunque fuese chino o persa. Como crítico imparcial procuro en estas crónicas llamar la atención sobre los aciertos y los errores del mando, tal como los entiendo, y sobre las buenas y malas cualidades de las tropas, prescindiendo de si las censuras menudean más hacia uno de los beligerantes y los elogios abundan sobre el otro. Cualquiera que contemple desapasionadamente los acontecimientos, comprenderá que hay muchos más aciertos en el bando alemán que en el de los aliados, y obraría yo con notoria torpeza si me esforzara en presentar los hechos de un modo diferente a como son, sobre que tampoco conseguiría desviarlos ni variaría en un ápice el resultado de la guerra.

En conciencia afirmo que me conduzco con imparcialidad absoluta; pero si de algo peco no es ciertamente en presentar con brillantes colores las victorias alemanas y oscurecer los éxitos de los aliados. Como prueba de lo que digo, y sirvan estos ejemplos de una vez para siempre, he pasado por alto las victorias alemanas de Compiègne, de San Quintín, de Rethel, de Amiens, de Lila y muchas otras; me he abstenido de decir que los franceses perdieron 30.000 prisioneros en Charleroi; he callado, a pesar de que toda la prensa lo ha dicho, la desbandada del XV cuerpo francés y los graves castigos que hubo necesidad de imponer para restablecer la disciplina; no se me ha deslizado una sola frase respecto a sanciones gravísimas que hubo que aplicar a elevadas personalidades de uno de los ejércitos beligerantes; he dedicado dos líneas al fracaso de la ofensiva rusa en la Prusia Oriental; he tendido un manto piadoso sobre el desastre de los ingleses en las jornadas del 23 al 27 de agosto; y he hecho notar los aciertos que ha tenido el general Joffre y las circunstancias que le eximen de la mayor parte de responsabilidad y de culpa en las primeras derrotas. ¿Se pretende acaso que diga que los franceses e ingleses han ido de victoria en victoria? ¿Se me podrá exigir que asegure que los rusos han destruido a los austriacos, cuando es notorio que éstos todavía ocupan con parte de sus fuerzas el territorio de la Polonia rusa? ¿Acaso me he inspirado nunca, ni en

una sola ocasión, en las noticias de procedencia alemana? Me he atenido invariablemente a los partes oficiales franceses y a las noticias de origen inglés; pero ni yo, ni nadie, puede desviar el curso de los acontecimientos, ni transformar lo negro en blanco o recíprocamente. Si estas crónicas no se desarrollan a gusto de todos, cúlpese a los derrotados, cuyos fracasos procuro indicar escuetamente en líneas generales, sin entrar en detalles, que más adelante se darán cumplidos y abundantes. Por ahora, lo único que interesa es conocer la situación general, para seguir sin confusión la marcha de la guerra. Las pequeñas ventajas que han obtenido los beligerantes, pero que no han influido en la campaña, no deben ocupar la atención de nadie, ni merecen que se les dedique un espacio que ni a los grandes acontecimientos es dado consagrar.

En cuanto a la victoria de Alemania en relación con mis crónicas, ni siquiera me he preocupado de ella. Una cosa es el ejército alemán, como instrumento y medio de guerra, y otra cosa es la nación alemana. Puede ser, y efectivamente es, el ejército alemán, excelente y superior a los demás del mundo, y sin embargo resultar vencida Alemania por agotamiento, por la situación ventajosa de los aliados, por la intervención de nuevos factores, por una torpeza en momentos decisivos, porque hasta el genio tiene sus flaquezas. Será tal vez vencida Alemania, sin que ello signifique que su ejército es malo o simplemente deficiente. Cuando elogio como se merece al ejército alemán, no quiero decir, ni lo digo, que la victoria de Alemania sea segura; ni soy adivino, ni tampoco me tengo por incauto. Ahora, si se preguntara mi opinión sobre el resultado de la guerra, respondería que no la he formado aun, porque desconozco todavía una porción de factores de orden militar, y muchísimos de orden internacional. No he llevado jamás mi presunción al extremo de hacer vaticinios más allá de aquellos hechos cuyos fundamentos conocía bien; y si el lector tiene la bondad de repasar mis primeras crónicas se convencerá de que ni le he inducido a error, ni me he equivocado en lo esencial; sólo en un punto, parece que los hechos no se han ajustado a lo que sostuve: el papel reservado al ejército invasor en Bélgica; cuando se despeje por completo la situación discutiré este particular.

No terminaré sin reiterar mi propósito de presentar a la consideración del lector una multitud de antecedentes—como vengo haciendo desde el primer día—sin cuyo conocimiento es difícil formar cabal concepto de lo que ocurre; porque ni la relación y número de batallones, ni las órdenes de los generales, bastan a explicar hechos cuyo origen arranca de muy lejos. El que de buenas a primeras pretenda describir las operaciones ateniéndose sólo a los factores materiales, incurrirá en continuas equivocaciones y más de una vez se manifestará perplejo, sin saber a qué atenerse. Cabalmente, ese *algo*

que los profesionales, llámense médicos, ingenieros o militares, conocen de antemano, es lo que les diferencia de los profanos y lo único que puede dar interés a sus relatos; las explicaciones a *posteriori* se



General ruso Samsonov, muerto en la batalla del 1.º de septiembre

encuentran fácilmente, y con un poco de imaginación es posible salvar los obstáculos o la escasez de conocimientos; pero el lector culto no se satisface con ese examen ligero y superficial, y lo que ansía es saber algo más, profundizar en aquello que antes ignoraba y que tiene relación inmediata con los hechos que se desarrollan en el campo de batalla. Este carácter, y no el de mera noticia o resumen, mejor o peor comprobado, de las operaciones, es el que he procurado dar a mis crónicas y perseveraré en la misma conducta, sin preocuparme, al escribirlas, de quién será el vencedor, ni de si elogio más al uno que al otro de los dos beligerantes: he de ir a buscar la verdad y el mérito donde éstos se hallen.

II.—Guerra de desgaste

Así como los alemanes pretenden aplicar el método de desgaste en sus operaciones navales, es bien patente ya que los ingleses han comenzado a llevarlo a la práctica en el continente.

Contingentes de todas las colonias y dominios, incluso de la India, han desembarcado ya, están desembarcando o se preparan a desembarcar en Francia. Ciertamente que el valor militar de tales refuer-

zos es escaso, y que se necesitaría que ese improvisado ejército alcanzara cifras casi fantásticas para derrotar por sí mismo a los alemanes. Pero el caso es muy otro.

La sucesiva incorporación de esos refuerzos al ejército aliado, tendrá una doble consecuencia, moral y material. En el primer concepto, reanimará el espíritu de los franceses, haciéndoles ver que el poderío inglés es extraordinario y que sus recursos son inagotables; y en el segundo, mantendrá siempre un frente de batalla extenso, aunque de poca consistencia, obligando al enemigo a desparramar y extender sus esfuerzos en lugar de concentrarlos sobre el punto decisivo. Para los alemanes no dejará de ser perturbador y producirá un efecto deprimente el hecho de que el ejército enemigo conserve siempre las mismas fuerzas, a despecho de sus derrotas. Las maniobras decisivas, como el envolvimiento de las tropas de primera línea, tropezarán con la dificultad de tener que distraer fuerzas para contener y observar a los contingentes extranjeros; y en último término, pueden los aliados extender y diseminar sus fuerzas, para mantener la guerra en una vastísima extensión y no dejar un momento de tranquilidad al invasor.

Desde el punto de vista inglés, el empeño de tales refuerzos tiene la ventaja inapreciable de no lesionar los sentimientos del pueblo, ni debilitar en lo más mínimo sus fuerzas. El único quebranto es económico, impuesto por la necesidad de abastecer, vestir y municionar a las tropas expedicionarias; hasta las molestias del alojamiento y de la presencia de tropas extrañas recaerán exclusivamente sobre los franceses.

Está por consiguiente en la mano de Inglaterra el prolongar años enteros la guerra, sin menoscabo de sus intereses y de su vitalidad, hasta que Alemania no pueda más y se decida a pedir la paz. Se comprende que este pensamiento se haya abierto camino en la opinión inglesa y llevado la tranquilidad y confianza a la metrópoli, para la que esta guerra no tiene apenas mayor alcance que el de una expedición colonial, con las ventajas sobre ésta de que el comercio alemán se arruina y va siendo substituído por el británico.



General Ruszky, vencedor de los austriacos en Lemberg

Para contrarrestar este método de guerra, de resultados largos, pero seguros, pueden elegir los alemanes tres caminos. El primero, el más rápido y de

efectos inmediatos, sería un combate naval en que fuera derrotada la escuadra inglesa, pero como ello es muy improbable y en caso de fracasar el ataque se desvanecería para Alemania toda esperanza de vencer a su rival, es casi seguro que no se adopte esta solución. Otra consistiría en la destrucción del ejército francés y la dispersión completa de sus tropas de segunda línea, para entretener después la guerra con contingentes de Landwher y aun de Landsturm; pero ni aquellos, ni sobre todo los últimos, son propios para una campaña de esta naturaleza,

enviar tropas procedentes de las cinco partes del mundo al teatro de la guerra, ésta tomará un cariz mucho más grave, porque los horrores de la lucha llegarán directamente al pueblo. Y desde el momento en que éste se decida a tomar una actitud extrema para remediar sus padecimientos, será imposible predecir nada, toda vez que cuando el pueblo es presa de la desesperación, lo mismo puede ocurrir que dirija su acción contra los invasores que contra los aliados.

La intervención de Inglaterra ha dado al presen-



Cosaco del Don

porque los hombres que los componen son cabezas de familia en su mayoría, y las bajas se harían más sensibles y afectarían más al pueblo. El tercer sistema consiste en valerse indirectamente de los mismos franceses para poner término al cómodo y abrumador método británico; mediante el castigo económico, en forma de contribuciones y multas a los pueblos y ciudades, se despertaría el malestar en Francia; si ello no bastase, se extremará el rigor para que el pueblo se alce, cansado de una guerra que sólo beneficia a sus aliados, a los enemigos tradicionales y adversarios de ayer, y se enciendan disturbios más o menos graves que obliguen a las autoridades a poner término a ese estado de cosas.

De suerte que si los alemanes consiguen realizar con fortuna el plan de destruir a los ejércitos enemigos, y la Gran Bretaña persiste en su sistema de

te conflicto unos caracteres que parecían desaparecidos para siempre; volvemos a aquellas luchas enconadas e implacables de los siglos medio-evaes. Y no es ciertamente porque la Gran Bretaña haya hecho uso de medios reprochables, sino porque su situación geográfica y su vasto imperio colonial le permiten emplear unos métodos que no están al alcance de las demás naciones.

Si no ocurre algo imprevisto, y con lo imprevisto hay que contar en la guerra, no se lucha ya por el predominio de una nación sobre otra, sino por la anulación definitiva, casi por la destrucción del rival.

III.—La retirada de los aliados desde el 25 de agosto al 2 de septiembre

Una de las operaciones más difíciles que pueden presentarse a un general en campaña es la retirada

ante un enemigo victorioso que persiste con toda su energía en la persecución. Es el caso que tuvo que resolver el general Joffre después de la batalla de Charleroi.

El 25 de agosto, el ala izquierda, constituida por los ingleses, había sido derrotada, y la situación del general French se había hecho tan angustiosa y desesperada el día 26, que hubo necesidad de enviarle refuerzos, tanto para que se pudiera replegar como para evitar el total envolvimiento del ejército francés. Con una presencia de ánimo realmente ejemplar, el general Joffre dispuso, en plena retirada, en los momentos en que ésta se hacía más difícil por la presión del enemigo, que las tropas recién llegadas de África, con algunos contingentes que estaban en marcha desde el S., probablemente dos cuerpos de ejército, relevaran a los ingleses en el ala izquierda, y éstos fueron llamados a una posición de reserva en segunda línea, hasta que la llegada de refuerzos, que estaban en camino y no se hicieron esperar, les permitiera ponerse de nuevo en estado de combatir. Al mismo tiempo, el generalísimo francés, replegaba a toda prisa sus tropas del ala derecha, también amenazadas de ser envueltas, y seguía sosteniéndose con el centro, a pesar de la derrota de Charleroi. Verdad es que la retirada se hizo en los dos primeros días con desorden y abandonando al enemigo mucho material y gran número de prisioneros; pero se hizo al fin, y se tuvo la precaución y la serenidad, de que se careció en 1870, de destruir los puentes y las vías férreas, para que el enemigo cesara en la persecución. Las tropas que iban llegando, llamadas del S., eran empeñadas en combate, y al amparo de las mismas fueron reorganizándose las batidas y todo el ejército pudo reconstituirse al cabo y quedar en disposición de volver a presentar batalla y aun de tomar la ofensiva.

Esa fortaleza de ánimo frente a un enemigo victorioso, cuyo empuje lejos de extinguirse crecía por momentos, es un timbre de gloria para el general Joffre, porque en las guerras modernas apenas se ha dado un caso como el que ha presentado el ejército francés, de ser derrotado en toda la línea el 25 de agosto y a los doce días, después de una retirada de 150 kilómetros, asumir nuevamente la ofensiva.

No es el general Joffre un general vulgar, a pesar de los errores cometidos derivados casi todos ellos de la concentración equivocada y de la situación inicial muy favorable a los alemanes; ha demostrado que posee carácter y energía extraordinarias, que son dotes que no se adquieren y que debe poseer ineludiblemente un jefe de ejército.

En esa retirada es verdad que ha podido apoyarse en las plazas fuertes del N., y limitar la acción envolvente de los alemanes, por la presencia de París, a un flanco, y de las fortalezas del E. al otro; pero no es menos cierto que la existencia de tantos puntos fuertes ha limitado mucho su iniciativa, porque ha tenido que atender a la defensa de aquéllos.

Aparte de la salvación del ejército propio y del británico, que ya era bastante problema, tuvo que preocuparse el generalísimo de cubrir el flanco del ejército del E., mandado por el general Pau, porque se encontraba empeñado en una batalla con el ejército de Metz y el avance del ejército alemán de Luxemburgo amenazaba cogerlo de revés y ponerle en

una situación desesperada; de manera, que en la retirada se inclinó hacia el S. E., para darse la mano con Pau, sin perder el contacto con París. Se comprende que si los alemanes hubiesen conseguido interponerse entre Joffre y Pau, éste quedara destruido o en vísperas de serlo, mientras que el ejército aliado del N. (general Joffre), habría sido encerrado en París, con notoria ventaja para los alemanes, o empujado en desorden hacia el interior de Francia, tan lejos de las plazas fuertes como del litoral. La guerra habría quedado decidida y su terminación no se demorara mucho. Es explicable y lógica la preocupación del general Joffre por su ala derecha, la más inmediata al ejército del E., y loable la persistencia de los ataques contra la izquierda enemiga, para paralizar la ofensiva de ésta y obligarla a replegarse.

El general Pau, que se ha revelado como general de grande energía, no ha demostrado las mismas cualidades de previsión que su jefe, Joffre, porque se empeñó demasiado en lucha contra las tropas alemanas de Lorena, sin tener en cuenta el peligro que se vislumbraba por su espalda y el extremo izquierdo de su línea. Debía haber replegado esta ala para establecer un contacto más íntimo con el general Joffre, y persuadirse que la masa importante para decidir la guerra no era la suya, sino la de los aliados o ejército del N. En último término era preferible el abandono de las plazas fuertes a sí mismas, toda vez que la suerte de las fortalezas estaba íntimamente encadenada a la de los ejércitos de operaciones. Si éstos eran destruidos o deshechos, en nada mejoraba la situación general que resistieran todavía una o todas las plazas fuertes; mientras que la caída de éstas no era un golpe decisivo para los franceses desde el punto en que los alemanes se habían ya puesto a la espalda de la línea fortificada del E.

IV. — La batalla del Marne (6 a 12 de septiembre)

Tenía preparado el resumen de las operaciones, día por día, desde el 22 de agosto al 6 de septiembre, así como la explicación de lo ocurrido en el teatro oriental de operaciones, fronteras rusas; pero la importancia de la batalla del Marne, del 6 al 12 del presente mes, me obliga a aplazar la publicación de aquellos datos hasta la crónica siguiente.

Pocas veces o acaso nunca se ha presentado en la historia militar de nuestros tiempos un caso tan insólito como el que han dado los ejércitos beligerantes en el espacio de quince días. Primero, una victoria alemana, seguida de una persecución de ocho días y un avance rapidísimo, apenas explicable, que llevó al invasor a las puertas mismas de París. Sobreviene entonces una pequeña tregua de dos días, y enseguida los aliados toman la ofensiva, y los alemanes retroceden con la misma velocidad que avanzaron hacia el S. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo se explica un cambio tan radical en la situación militar, sin transición, sin que al parecer nada lo justifique? Probablemente, cuando esta crónica llegue a mis lectores se habrá aclarado la obscuridad que reina acerca de estas operaciones; pero, con todo, no estará de más que indique algunos puntos para facilitar la comprensión de la marcha de los acontecimientos. Prescindo por ahora, hasta que sepamos algo que sigue en el miste-

rio, de la batalla en sí, y me ciño a llamar la atención sobre ciertos hechos, en extremo contradictorios.

El 4 de septiembre, el frente alemán se extendía desde el O. de Gisors, por Senlis, el S. de Reims y Varennes, a la región de Verdun. El 5 por la noche, comienzan los combates de la batalla del Marne; el 6, el frente del invasor se ha reducido desde Nanteuil al S. de Chalons. Se comprendería esta concentración del enemigo si los cuerpos del ala derecha hubieran oblicuado hacia el S. E., abandonando el N. de París, pero según los partes ingleses y franceses, los alemanes desaparecen en absoluto de la línea Gisors-Senlis, y sólo cuando la batalla ha comenzado con violencia el día 6 acude a toda prisa a cubrir el flanco derecho alemán un ejército mandado por el general von Kluck. Este general ha mandado hasta ahora las dos divisiones de caballería que operaban en el extremo O. de la línea alemana; es posible, puesto que los franceses dicen que las tropas de von Kluck maniobraron rápida y hábilmente, que en efecto la caballería, apoyada por los destacamentos de infantería y la artillería que la han acompañado constantemente, fuera la que aguantó el choque de los aliados cerca de Senlis; pero si es así ¿dónde estaban las masas alemanas que componían la derecha del ejército del N.? Su presencia en el frente de batalla no se ha señalado en los partes de los aliados.

Los alemanes presentaron un ala en retorno de observación del lado de París, y dirigieron el esfuerzo principal en la dirección de Vitry le Francois. Para ello, tuvieron que adelantarse dejando a un lado no ya el campo atrincherado de París, sino los cuatro cuerpos de ejército que en él se encontraban, y en el otro la línea de fortalezas francesas de la frontera del E.: más arriesgado no podía ser este movimiento. Pronunciando la ofensiva en la dirección expresada, los alemanes intentaban la ruptura de toda la línea de batalla francesa, desde París a Toul, para arrojar al O. a una parte del ejército aliado y al E. al resto. La maniobra hubiera podido resultar eficaz si la victoria la acompañaba, pero sus resultados no fueron decisivos, según todas las probabilidades, puesto que París y las plazas de la frontera eran terribles amenazas contra el avance y sucesivas maniobras del invasor. Este plan, que se deduce sin género posible de dudas de los partes del general Joffre, pugna con los métodos alemanes, y requería, como medida elemental, la reunión de grandes masas en el punto donde se había de ejecutar el esfuerzo decisivo; estas masas no han aparecido en parte alguna, ni se ha señalado la presencia de refuerzos o tropas de refresco, sin las cuales la ruptura del centro no podía tener completa eficacia. Además, durante la batalla, se observó que los alemanes habían dejado un gran claro entre Chalons y Verdun, cosa más inexplicable todavía, porque resultó que se lanzaron al ataque teniendo las dos alas casi al descubierto. Cuesta trabajo creer que el Estado Mayor alemán, y lo mismo diría de los franceses, incurrieran en tan grave error.

Hay más todavía. En los partes franceses anteriores al día 4, se habla de siete ejércitos alemanes. El del general von Kluck, en el extremo derecho (O.); el del general von Bulow; el del general Hausen y el del duque de Wurtemberg, que avanzaban escalonadamente de O. a E. y de N. a S., hacia el Marne; el del boquete de Verdun, a las órdenes del

príncipe imperial; y los del príncipe Ruperto de Baviera y general von Heeringen, que operaban en Lorena. En los partes de la batalla, del 6 al 12, sólo se citan los ejércitos de von Kluck, y otros dos desde Senlis a La Fère Champenoise, de un cuarto, que se movía en los Argonnes, al E., de los anteriores; y que se creía era el del príncipe imperial, y de los dos de Lorena. Ha desaparecido por consiguiente un ejército, no pudiéndose atribuir la omisión a haberse empeñado como apoyo o reserva de los demás, puesto que los partes franceses sostienen que no llegaron refuerzos alemanes a la línea de batalla. El ejército del príncipe imperial tampoco tomó parte en el combate, pero esto se explica si aquellas tropas emprendieron el ataque al campo atrincherado de Verdun. Resulta, que sabiendo los alemanes, puesto que lo sabíamos todos, que los aliados habían recibido refuerzos y que estrechaban su frente de contraataque, sólo pusieron en línea la mitad o poco más de sus tropas. Es un hecho contrario a los principios militares y a los métodos preconizados y puestos en práctica por los alemanes hasta ahora.

¿Creyó el invasor que los aliados estaban desmoralizados y que con pocas fuerzas podrían dar el golpe de gracia? No lo puedo admitir. ¿Cómo dejó gruesas masas francesas a sus dos flancos y se metió con fuerzas inferiores en la línea interior exponiéndose a ser aplastado? Menos explicable es todavía, y completamente incomprensible que persistiera en el ataque del centro de Joffre, cuando ya el ala derecha alemana se pronunciaba en retirada. Porque según los partes del generalísimo de los aliados, la retirada del centro e izquierda alemanes, no se debió al retroceso de la derecha, sino al ataque en punta de los aliados.

Finalmente, el retroceso de los alemanes ha sido tan rápido como su avance, pero se ha efectuado con orden (véanse los comunicados oficiales de los aliados y no se pierda de vista el escaso número de prisioneros que han hecho). Todo induce a creer que la ofensiva alemana ha tenido más los caracteres de un combate de contención que de avance, pero por ahora, si esto fuera cierto, no se ve la finalidad de esta maniobra.

A la vez que los alemanes desguarnecen su ala derecha, la que ha desempeñado el papel estratégico o envolvente desde las primeras operaciones de la guerra, los franceses refuerzan poderosamente su izquierda.

He aquí como ha tenido lugar la ofensiva de Joffre. Cuatro cuerpos franceses se establecieron al E. de París, entre este campo atrincherado y el ejército inglés: de esos cuerpos dos habían sido llamados de Alsacia, y los otros dos eran probablemente los de Africa. Seguían hacia el E. los ingleses, tres cuerpos al parecer, y todos ellos componían el ala izquierda; de concierto con ella emprendió un movimiento envolvente el ejército de París (general Gallieni, cuatro cuerpos) oponiéndose por lo tanto once cuerpos a tres alemanes, que se salvaron gracias a su rapidez de maniobra y al retroceso, sin pérdida de tiempo que realizaron.

La otra masa francesa, a las órdenes del generalísimo, estaba constituida por casi todas las tropas francesas, y atacó al centro alemán en la dirección de Vitry le Francois, con fuerzas muy superiores. Esta masa se preocupó mucho en los primeros días



de la batalla, por su flanco derecho, temiendo la aparición de los alemanes por el O. de Verdun, pero éstos habían dejado un claro en aquel sector, como ya se ha dicho, y el ataque progresó felizmente al amparo de los avances del ala izquierda.

El ejército del príncipe imperial, que no tomó parte en la lucha, parece servir de eje al movimiento retrógrado de los alemanes, en el cual el ala derecha es la que se repliega con más velocidad. Se dijo que el propósito del invasor era cortar y separar uno de otro a los ejércitos de Joffre y de Lorena (general Pau), pero todos los datos son que este último envió a Joffre la mayor parte de sus fuerzas, y que en Lorena sólo quedaron, aparte de las guarniciones de las fortalezas, dos cuerpos de ejército.

Resumiendo, si la batalla se ha desarrollado como dicen los partes de los aliados, los alemanes han incurrido en un error que no habían cometido nunca, ni siquiera en las maniobras imperiales del tiempo de paz. El general Joffre supo sacar todo el partido posible de sus tropas, concentrándolas para la batalla y lanzándolas en las direcciones convenientes.

El acortamiento del frente alemán en los días que precedieron inmediatamente a la batalla pudiera deberse a la necesidad de sacar fuerzas para llevarlas a otro teatro, ya a Bélgica, lo que no creo, ya a la Prusia Oriental, lo que tampoco me parece probable. De admitir este hecho, ¿cómo se aventuraron los alemanes a entablar combate teniendo su flanco derecho envuelto, y cómo persistieron en una ofensiva que iba a desarrollarse en las peores condiciones imaginables? Repito que no considero a los alemanes, ni a los franceses, tan torpes y poco previsores. Comprendería lo que han hecho si se tratara de rusos, de austriacos o de ingleses, pero no en el caso presente.

Si otros objetivos o necesidades han inducido a los alemanes a llevar fuerzas a otros puntos, entonces se comprendería lo acontecido, porque no se trataría más que de una retirada lenta en busca de una posición de espera, aprovechada por los aliados para desenvolver su ofensiva, pero lo que confunde es que no se vislumbra hasta ahora qué nuevo objetivo ha movido a los alemanes a debilitar su frente de batalla. Ese motivo no ha podido ser la salida que hizo el ejército belga refugiado en Amberes, porque los alemanes saben demasiado lo poco que pueden temer de aquel ejército, al que están oponiendo tropas de segunda línea, las cuales rechazaron a los belgas sin extremar sus ataques. Tampoco es de creer que se hayan sacado contingentes de Francia para llevarlos a la frontera rusa, por las siguientes razones: la primera derrota de los rusos tuvo lugar el 1.º de septiembre, y la batalla de Charleroi terminó el 26 de agosto, de suerte que sólo mediaron cua-

tro días entre ambos hechos de armas, plazo insuficiente para transportar tres o cuatro cuerpos de ejército desde Bélgica a la frontera oriental; derrotados los rusos el 1.º de septiembre, lo fueron por segunda vez el día 7, y para esta fecha ya podían haber llegado a Posen los refuerzos sacados de Francia, pero en los días 2 a 4 fué cuando el frente de avance de los alemanes en Francia adquirió mayor desarrollo, lo que implicaba la presencia de más tropas que en los días de Charleroi. Tampoco debe atribuirse a las plazas francesas de la frontera mayor importancia de la que realmente han ejercido; cierto es que han detenido, la de Verdun, al príncipe imperial, y que Nancy y las del S., han tenido en jaque a los dos ejércitos de Lorena; pero éstos no tomaron parte en la batalla de Charleroi, las tropas del príncipe imperial apenas hicieron otra cosa en aquellas jornadas que manifestar una acción de presencia, y las fortalezas de la frontera del N., abrieron sus puertas casi sin disparar un tiro, a excepción de Maubeuge. Finalmente, llama la atención que los periódicos ingleses del día 3, sostengan que la fuerza de los aliados ascendía a más de dos millones de hombres, contra 1.200.000 de los alemanes, cifras exageradas probablemente, pero que revelan que los aliados ya sabían que el ejército alemán del N., no era tan numeroso como a últimos de agosto.

Dentro de esas obscuridades, claro es que la explicación de lo acontecido en las jornadas del 6 al 12, no puede ser más sencilla: debilitación del ejército alemán, a la vez que se reforzaba el de los aliados. Pero ha debido haber alguna razón que provocara ese desequilibrio, pese a la previsión y a los métodos alemanes, que hasta ahora no habían dado ocasión más que para el elogio.

Para terminar: es indudable que los alemanes han sido derrotados y que se retiran ante la presión de los aliados, pero en este hecho han debido concurrir circunstancias que todavía permanecen ignoradas. Y como es de creer que la situación no permanezca muchos días obscura, preferible es esperar a que se despeje para puntualizar entonces, a grandes rasgos, los hechos más salientes de la batalla.

De todos modos, dejo en pie las siguientes preguntas: ¿han avanzado los aliados porque los alemanes se han replegado, o éstos se retiraron porque aquéllos avanzaron? El ataque alemán en la dirección de Vitry-le-François ¿se proponía romper el frente enemigo, o sólo tenía por objeto cubrir el repliegue del ala derecha? ¿Querían o quieren los alemanes cambiar las líneas de operaciones y el frente de invasión?

JUAN AVILÉS,
Teniente Coronel de Ingenieros

15 septiembre 1914.